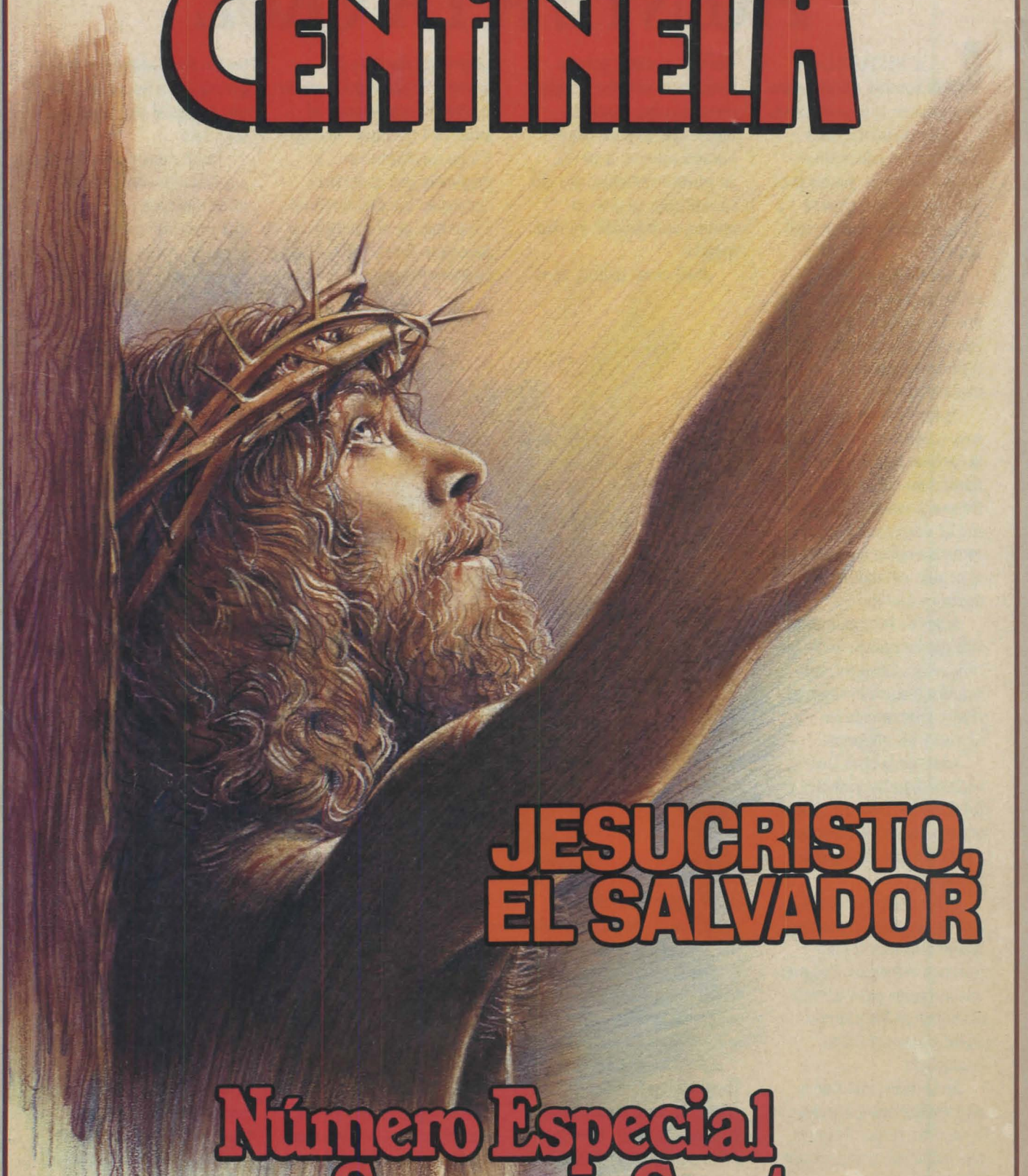


Sergio

El CENTINELA



**JESUCRISTO,
EL SALVADOR**

**Número Especial
para Semana Santa**

FRENTE A LA CRUZ

LA HISTORIA del hombre cambió para siempre con la cruz de Cristo.

Antes de la cruz, estábamos condenados sin remedio. Después, somos perdonados completamente porque Jesús tomó nuestro lugar.

Antes de la cruz, nos sobrecogía la desesperación ante un destino oscuro. Después, nos alienta una esperanza segura y trascendente.

Antes de la cruz, estábamos engañados en cuanto al carácter de Dios y la naturaleza del pecado. Después, sabemos sin asomo de duda que Dios es inmensamente bueno y que el pecado es fatalmente dañino y mortal.

Antes de la cruz, nuestra vida giraba egoístamente en torno al yo. Después, considera a Jesucristo como el centro supremo de los afectos y los intereses.

Antes de la cruz, nos esclavizaban las pasiones y los temores. Después, encontramos libertad en el amor y el poder que emanan del Salvador.

Antes de la cruz, tratábamos de justificarnos mediante nuestras obras y nuestros esfuerzos. Después, encontramos paz y justicia al confiar en los méritos eficacísimos del Cristo crucificado.

En síntesis, antes de la cruz estábamos destinados a la muerte eterna. Después, nos hallamos predestinados a la vida eterna.

Y todas estas bendiciones

son una realidad porque Jesús tomó nuestro pecado, nuestra culpa, nuestra vergüenza, nuestro dolor, nuestra muerte. A su vez, en trueque sublime, nos dio su santidad, su paz, su pureza, su felicidad, su vida misma.

¿Cuál es su actitud, apre-

cibió de rumbo y de destino. Se consagró con celo infatigable a proclamar el amor de Cristo que "excede a todo conocimiento". Su existencia giró en forma constante, intensa, en torno a ese imán de irresistible atracción: la cruz de su precioso Redentor.



ciado lector, ante el Cristo crucificado? ¿Ya ha aceptado plenamente la virtud redentora de la cruz... o todavía lo frenan la incredulidad o la indiferencia? ¿Vive usted antes o después de la cruz?

En un tiempo Saulo de Tarso fue un fanático perseguidor de los cristianos, un enemigo de Jesús. Pero tuvo una visión de la cruz redentora, del sacrificio bendito de nuestro Salvador, y su vida

He aquí como el apóstol expresó esa pasión suprema: "Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo" (Gálatas 6:14).

Los hombres se glorían en el dinero que tienen. En su posición social. En sus talentos. En su presencia física. En sus hazañas deportivas o en sus logros científicos. En el

poder. En el aplauso y el prestigio. En fin, en todo lo que halaga al yo egoísta y orgulloso.

Todas estas glorias humanas son efímeras como la nube que pasa o la hierba que se marchita. Sólo la gloria del amor de Dios, revelado en el sacrificio de Cristo, permanece para siempre.

¿En qué se gloria usted?

Pablo se gloriaba en la cruz del Salvador. Y esto le trajo paz, salvación, gozo y vida eterna. Las mismas bendiciones están a nuestra disposición si confiamos en el Cristo del Calvario y lo amamos de todo corazón.

Se acerca la Semana Santa. Lo invitamos a contemplar la cruz de Cristo y a Cristo en la cruz.

Los personajes que aparecen en las páginas que siguen —todos ellos menos Judas y Pilato— se postraron ante el Salvador moribundo y recibieron la salvación de sus almas. Pedro, el ladrón penitente, la madre del Señor, María Magdalena, Nicodemo, José de Arimatea... todos ellos nos mostraron el camino a seguir: la fe en Cristo, el arrepentimiento, la confesión, el amor agradecido.

Recorramos los mismos pasos y recibiremos la misma recompensa: el gozo de la salvación y la certeza de que un día veremos cara a cara a nuestro amado Redentor, quien por amor a nosotros pecadores murió en la cruz en aquel distante viernes de tarde.—T.N.P.

ENTRE los discípulos de Cristo hubo tres que fueron los más allegados a él: Pedro, Santiago y Juan. De estos tres, el primero en la lista era Pedro.

Jesús conocía bien a su discípulo; sabía lo que Satanás quería hacer con él y por eso trató de ponerlo en guardia. Le dijo: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarrandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos”.¹ En esta advertencia hay tres hechos que merecen nuestra atención. Primero, es evidente que Jesús conoce bien a Satanás y sus artimañas. En segundo lugar, el Señor demuestra su infinito amor hacia Pedro diciéndole que va a orar por él para que su fe no falte. Finalmente Cristo indica que Pedro no está convertido todavía porque le dice: “Y tú, una vez vuelto [convertido], confirma a tus hermanos”.

El apóstol Pedro era un hombre impulsivo, de gran devoción personal y de incuestionable valor. Había decidido seguir al Maestro viniese lo que viniese. Por esta razón, cuando Cristo puso en duda su fe, se escandalizó y dijo: “Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte”.² La debilidad de Pedro radicaba en su autoconfianza y en no poder tolerar la crítica constructiva.

No obstante, fue en ese punto débil que Satanás atacó a Pedro. La noche que Jesús fue prendido y llevado a la casa del sumo sacerdote, “Pedro le seguía de lejos”.³ Y una vez

dentro del patio, cuando le preguntaron si era discípulo de Jesús, lo negó. No sólo lo negó sino que comenzó a “maldecir y jurar” aseverando que no le conocía, confirmando así las palabras de Jesús que le negaría tres veces

dentro del patio, cuando le preguntaron si era discípulo de Jesús, lo negó. No sólo lo negó sino que comenzó a “maldecir y jurar” aseverando que no le conocía, confirmando así las palabras de Jesús que le negaría tres veces



PEDRO

Dr. Elías Gómez

*En la noche de la negación,
Pedro fue sostenido por la mirada
perdonadora de su Maestro.*

antes que el gallo cantase.

En las sombras de la noche, mientras el gallo aún cantaba, Jesús miró tiernamente a Pedro. Por un breve instante sus ojos se encontraron. ¡Extraña fascinación! Pedro se encontraba hundido en el fango del pecado, y en su desesperación dirigió su mirada a Jesús. Eso fue suficiente. No hubo necesi-

dad de palabras o acciones. La mirada lo dijo todo. ¡Pedro nunca la olvidaría! Fue una mirada de inexplicable ternura; una mirada llena de compasión y dolor, pero al mismo tiempo desbordante de esperanza. La dulce y bondadosa

mirada de Jesús fue una mirada de perdón, de restauración y de vida. Al tercer día, cuando Jesús resucitó de los muertos, un ángel les dijo a las mujeres: “Id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea”.⁴ Los primeros pensamientos de Jesús en la mañana de la resurrección se refirieron a su discípulo Pedro. Una profunda emoción de alegría y gratitud embargó el corazón del apóstol. Su Maestro lo había recordado por nombre.

Después de la resurrección Jesús se encontró con sus discípulos junto al mar de Tiberias. Habiendo comido, Jesús se dirige a Pedro con la pregunta: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?”⁵ Tres veces le repitió la pregunta y tres veces el apóstol la contestó afirmativamente. Según James Stalker, la pregunta fue hecha en forma progresiva. La primera tenía que ver con los sentimientos, la segunda con el intelecto y la última con la voluntad. Para que el amor sea genuino tiene que abarcar todos los aspectos de la personalidad. Sólo un amor total hacia Jesús capacitaría a Pedro para apacentar el rebaño del Maestro.

En nuestros días existen personas como el Pedro de antaño: aman al Maestro y aseveran que de ninguna manera lo negarán. Según ellos no sólo están dispuestos a ir a la cárcel por Jesús, sino hasta morir por él. Lamentablemente, el orgullo, el celo, la envidia y la autosuficiencia los hace ceder a la tentación y niegan a su Maestro. Felizmente, el mismo Jesús que en aquella noche aciaga miró compasivamente a Pedro, les extiende a ellos la misma dulce y amorosa mirada. Esa mirada de esperanza, perdón y restauración espera a cualquiera que esté dispuesto, como Pedro, a aceptarlo. ◇

(1) S. Lucas 22:31-32. (2) S. Lucas 22:33. (3) S. Lucas 22:54. (4) S. Marcos 16:7. (5) S. Juan 21:15.

El autor es doctor en Teología y enseñó por años en la Universidad Andrews.



JUDAS

Rubén Escalante

Judas pensaba que todo se podía comprar y para alcanzar sus metas estaba dispuesto aun a vender su alma.

El autor es licenciado en Teología y pastor de la Iglesia Adventista en Los Angeles, California.

AQUELLA noche había sido como cualquier otra en la pequeña aldea de Queriot, en el sur de Judea. Los sonidos nocturnos se mezclaban con el silencio que sólo era interrumpido por los pasos de un padre nervioso, quizá rodeado de varios parientes que junto con él esperaban las noticias que en breve llegarían del interior de la rústica casa. De pronto se escuchan los gritos de parto seguidos por el llanto de un bebé recién nacido que da su primer aliento, anunciando su llegada al mundo.

La emoción que prevalece en el exterior de la casa llega a su apogeo cuando del interior se escucha una voz que anuncia: “¡Es un varón!” Imagínen-se el gozo de este padre judío. “¡Dios me ha dado un hijo varón!” grita a voz en cuello.

El nuevo papá se sentía orgulloso por la llegada de un varón, que era considerado como una bendición especial de Jehová. En respuesta a la pregunta: “¿Cómo le llamarás?”, responde: “¡Su nombre será Judas!” Tan inmensos como las hazañas del héroe y libertador judío, Judas Macabeo, son los sueños del padre para con su hijo, cuyo nombre significa “alabado”.¹

El nombre “Judas” ya no lleva la connotación positiva que tenía en aquella época. Como sabemos, ha tomado un sabor de codicia y traición. ¿Qué hizo que no sólo la persona de Judas sino también su nombre cayeran en la desgracia? ¿Qué contribuyó a la caída de Judas Iscariote? ¿Cómo podemos evitar de recorrer el mismo camino que condujo al discípulo a traicionar a su Maestro?

Las Escrituras no nos dicen cuándo o cómo ocurrió, pero lo cierto es que en un momento dado, Judas fue poseído por la creencia de que “todo tiene su precio”. Las comodidades, las mejores escuelas, los mejores maestros, todos se compran a un precio determinado, llegó a pensar Judas. Pero las consecuencias de una filosofía tal son muy peligrosas. Si es verdad que todo se puede comprar, también todo se puede vender. Y Judas estaba dispuesto a vender aun su propia alma para apoderarse de sus metas.

Tales semillas dieron su fruto en hechos de codicia,² hipocresía,³ maldad,⁴ y aun robo.⁵ La caída de Judas queda delineada en la pregunta vil que formuló: “¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?” En forma semejante, hay millones hoy que han puesto precio a sus convicciones y principios. Lo trágico es que Satanás siempre está dispuesto a “pagar el precio” para después arrebatarlo y hundir a sus víctimas en la miseria y la muerte, como lo hizo con Judas.⁶

Con todo, resulta consolador saber que a pesar de que Jesús conocía el corazón y la intención de Judas, lo incluyó entre los doce,⁷ lo capacitó,⁸ lo trató de amigo⁹ e incluso le lavó los pies.¹⁰ No obstante, la codicia y la autosuficiencia habían ganado la batalla en el corazón de Judas, quien no se dejó conmover ante la compasión y el espíritu de sacrificio que demostraba su Señor.

No es sorprendente que luego de haber traicionado al Salvador del mundo, Judas se sintiera dominado por la desesperación y considerase que

la única opción era quitarse la vida.

Judas se dio cuenta de que su dinero, su influencia, su inteligencia, su capacidad, no le daban entrada al reino de Cristo. La entrada era por gracia, y gracia fue una palabra que Judas jamás pudo comprender. No pudiendo apreciar la profundidad e inmensidad del don provisto, dejó que Satanás lo convenciera de que era demasiado tarde. Siendo aun noche, Judas vio que su futuro parecía tan oscuro como las tinieblas que lo rodeaban; corrió y “arrojando las piezas de plata en el templo, salió, y fue y se ahorcó”.¹¹

¿Cómo podemos evitar el mismo error de Judas? Primeramente hay que reconocer que el don de Dios es gratuito. Solo así evitaremos la trágica equivocación de tratar de darnos el cielo por nuestras obras. Esto es imposible. De igual manera debemos pedir a Dios que nos ayude para que jamás pongamos precio a nuestras convicciones y principios. Siempre habrá quien lo pague.

Al igual que Judas, todos comenzamos la vida con magníficas posibilidades. El privilegio que tuvo el discípulo de hablar y caminar con el Hijo de Dios, está a nuestra disposición mediante el estudio de la Palabra de Dios y la oración. La decisión que enfrentó Judas también la enfrentaremos todos. ¿Qué haremos con nuestro Señor? ◇

(1) Véase Génesis 29:35. (2) S. Mateo 26:14-15. (3) S. Juan 12:4-6. (4) S. Marcos 14:10. (5) S. Juan 12:6. (6) S. Mateo 27:3-5. (7) S. Mateo 10:4. (8) S. Mateo 10:5-8. (9) S. Mateo 26:50. (10) S. Juan 13:2-5. (11) S. Mateo 27:5.

PILATO

Hoy tenemos que escoger ante la misma disyuntiva que enfrentó Pilato y muchos también deciden lavarse las manos.

Dr. Rafael Escandón

PONCIO PILATO fue un soldado de fortuna. Su valentía y su dedicación repercutieron por los ámbitos del Imperio Romano; y cuando el César le dio la oportunidad de escoger, Pilato escogió la gobernación de Judea, una de las provincias más difíciles de dirigir, a la cual acudió con mucho brío, dispuesto a aplicar la *lex et pax Romana*.

Durante diez años gobernó la provincia de Judea, pero fue un mal administrador. Sus acciones descomedidas ofendían a los judíos, que lo odiaban a muerte. Una vez usó los fondos de la tesorería del templo para construir un acueducto. Otra vez ordenó una masacre entre los samaritanos que le ocasionó el aborrecimiento de muchos otros. Las quejas de su comportamiento superaron las fronteras, y un día fue llamado a Roma para que justificara su conducta ante el emperador, mientras que otro gobernante tomaba su lugar. Antes que llegara Pilato a Roma murió el emperador, pero de todos modos lo exiliaron a Viena, en donde se suicidó según afirma la tradición.

EL JUICIO DE JESUS

Pilato sobresale en los anales históricos por el juicio de Jesús. Sabiendo que era una

El autor es doctor en Ciencias de la Educación y profesor de Castellano y Literatura. Ha escrito numerosos libros y colabora frecuentemente con EL CENTINELA.



persona impopular, quiso complacer a los judíos, a pesar de que estaba convencido de que las acusaciones contra Jesús eran falsas. Entre Pilato y Herodes Antipas existía una evidente animosidad.¹

Ese viernes por la mañana se encontraba Pilato en su despacho cuando los soldados trajeron al prisionero, del cual había escuchado mucho. Todo el mundo conocía a Jesús en aquella región. Pero ahora, por vez primera se encontraba frente a frente con el Mesías. Sus adversarios lo acusaban de traición. Por eso le preguntó: “¿Eres tú el rey de los judíos?”, y Jesús apenas le respondió: “Tú lo dices”.² Pilato quedó mudo, y pensando librarse de aquella responsabilidad, se lo envió a Herodes

sin resultado alguno. Ahora la decisión era suya.

¡Qué hombre tan irresponsable! Entregó a Cristo a las autoridades judías, y luego a Herodes. Y cuando se lo regresaron, le aplicó un castigo para satisfacer al pueblo, sin mayores resultados. No pudiendo acallar el clamor de la multitud, se acordó luego de que durante la fiesta pascual se libraba a un prisionero, y fue entonces cuando hizo sacar a uno de los criminales más empedernidos para que el pueblo escogiera entre ambos, y el pueblo pidió la libertad de Barrabás. Entonces Pilato lanzó el dado del destino, se lavó las manos para encubrir su hipocresía, y condenó al prisionero, a pesar de los ruegos de su esposa. ¡Qué vuelco

hubiera dado la historia si Pilato hubiera obedecido la voz de su conciencia y seguido el consejo de su esposa! Pero no lo hizo por orgullo y por la presión social.³

Pilato hubiera podido absolver al inocente si hubiera tenido suficiente fuerza de voluntad. El sabía muy bien que un gobernador tenía en sus manos un poder de vida o muerte sobre los prisioneros. Pero durante el juicio prevaleció su debilidad. “Este hombre dice que es rey —pensó para sus adentros— y cualquiera que intentare usurpar ese poder es enemigo del César”. Por eso ordenó que lo crucificaran. Puso por encima la amistad del emperador y crucificó al Hijo de Dios.

La misma pregunta que le hiciera Pilato a la multitud: “¿Qué pues haré de Jesús?”, nos toca responder a nosotros en este día. Tenemos que escoger ante la misma disyuntiva que enfrentó Pilato. Nos entregamos a Jesús como nuestro Rey y Salvador personal, o lo rechazamos, rechazándonos a nosotros mismos. “¿Qué pues haré de Jesús?”, es la pregunta que debemos contestar de rodillas. Quiera el cielo que podamos decir: “Rey de mi alma, yo te coronó ahora”.⁴ ♦

(1) Siegfried Horn, *Bible Dictionary* (Washington: Review and Herald, 1960), pp. 861-862. (2) S. Mateo 27:11. (3) Herbert Lockyer, *All the Men of the Bible* (Grand Rapids: Lamplighter Books, 1958), pp. 278-279. (4) Leslie Hardinge, *These Watched Him Die* (Washington: Review and Herald, 1966), pp. 37-45.

EL LADRON penitente. Lo llamaron así porque robaba para defender una causa que lo llevó al encarcelamiento y porque se arrepintió en los últimos momentos de su vida. Fue miembro de un movimiento que deseaba derrocar al gobierno romano. Al igual que sus compatriotas, creía que su pueblo judío sería libertado de la opresión romana por el Mesías que habría de venir. Todos esperaban ansiosamente este Mesías, pues según el profeta Isaías él habría de poner en libertad a los oprimidos.¹

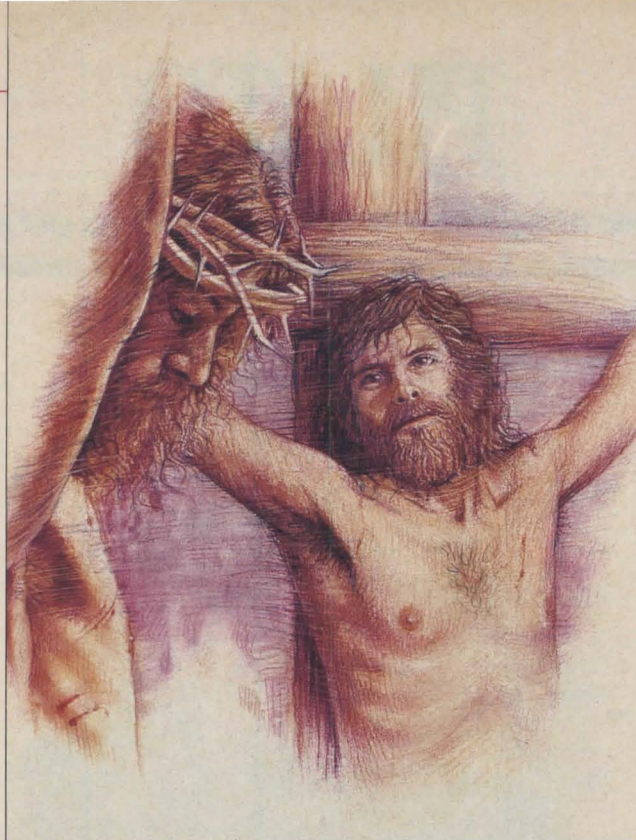
Jesús, el rabí de Galilea, hablaba de “el reino de los cielos”, de perdón, de amar a los enemigos, de dar a César lo que era de César. Así que llegó a la conclusión de que éste no era el Mesías que esperaban.

Hubo otro que también decía ser el Mesías.² Su nombre era Barrabás. Hablaba en contra de los romanos. El ladrón se unió a su grupo. Su plan era derrocar al gobierno romano mediante una rebelión. Se prepararon y asaltaron la fortaleza romana. Fueron tomados presos, llevados a la cárcel y sentenciados a morir crucificados.

El día acordado, dos de los ladrones cargaron sus propias cruces. Aquel que hablaba del “reino de Dios” y del “reino de los cielos” también llevaba una cruz, la que correspondía a Barrabás.³ Este ya paseaba libremente, pues había sido puesto en libertad.

Los hicieron yacer sobre sus cruces. El otro ladrón y el penitente forcejearon para

El autor es dirigente de la iglesia en el este de los Estados Unidos y colabora frecuentemente con EL CENTINELA.



EL LADRON PENITENTE

Fred Hernández

que no los clavarán. El Mesías tranquilamente se dejó crucificar. Lo escuchó decir: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Levantaron las cruces y el Maestro fue colocado entre los dos criminales.⁴

Desde su cruz, veía y escuchaba a la gente burlarse y mofarse de Jesús. Su compañero y él también se unieron a la gentezuela vociferante. Grandes gotas de sudor cayeron de la frente del Señor. Su organismo parecía sucumbir bajo un tremendo peso, pero sufría callado.

“Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo”, le

decían unos. “Desciende de la cruz”, le decían otros. “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo, y a nosotros”,⁵ gritó un ladrón. El otro le reprendió y le dijo: “¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación?”⁶ Ya sentía simpatía por Jesús. Su corazón se unía al del Divino sufriente. “Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo”,⁷ le respondió.

Una revelación celestial llenó su mente. Sus pecados como ladrón y revolucionario pasaron ante él. Reconoció su vida de pecador y que necesita-

ba perdón. Sintió en su corazón la convicción de que éste sí era el Cristo, el verdadero Mesías. Anhelaba estar con él. Con desesperación y con una voz llena de angustia y de esperanza mezcladas exclamó: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”.⁸

Fijó sus ojos en él y Jesús hizo un esfuerzo para mirarlo. Levantó lentamente su cabeza y con una voz tierna y compasiva le dijo: “De cierto te digo... estarás conmigo en el paraíso”.⁹ Al escuchar esas palabras, una paz perfecta llenó su vida. Reconoció que fue perdonado al instante y que había sido aceptado en el reino del Señor. Fue transformado en ese momento. Ya no albergaba odio hacia los romanos. Aceptó su castigo con toda serenidad. Sintió amor por los que lo crucificaban y por aquellos que se burlaban de él. Al igual que Jesús, ahora rogaba: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

Llegó perdido a la cruz y en ella fue hallado por un Salvador compasivo; llegó con una carga de pecado y allí encontró quien llevara esa carga; llegó para morir y encontró la vida eterna.

Amigo lector, si el ladrón rebelde y desafiante fue perdonado y transformado, usted también puede serlo. El reino en el que él fue aceptado, tiene un lugar para usted. Me gustaría encontrarme allí con usted y con el ladrón penitente. ◇

(1) Isaías 61:1-2. (2) *El Deseado de todas las gentes*, Pacific Press Publishing Association, p. 681. (3) S. Marcos 15:7; S. Lucas 23:19. (4) S. Lucas 23:32-33. (5) S. Lucas 23:37-39; S. Marcos 15:29-32. (6) S. Lucas 23:40. (7) S. Lucas 23:41. (8) S. Lucas 23:42. (9) S. Lucas 23:43.

MARIA, LA MADRE DE JESUS

Aunque desgarrada por el dolor, María vio en Jesús no sólo a su Hijo sino también a su Salvador.

Miriam Salcedo de González

SE ACERCABAN las horas del alba de ese día aciago, cuando pasos rápidos y angustiosos se dirigieron con terribles noticias a la humilde casa de una pobre viuda de Israel.

En su lecho, mientras dormía, la viuda tuvo un sueño en el que se veía a sí misma treinta y tres años más joven, acompañada por su amado esposo. En sus brazos, sostenía a su

La autora es licenciada en Teología y Educación, y actualmente es maestra de Español en una academia al sur de California.

primogénito. Estaba en el templo y luego de haber presentado a su hijo ante el sacerdote, un hombre irrumpió en la escena, tomaba al niño en sus brazos y, luego de agradecer a Dios, se dirigía a ella y le decía: "Una espada traspasará tu misma alma..."¹

María, turbada por el sueño, se mueve inquieta en su lecho, cuando una voz la despierta al llamar con insistencia.

—¿Qué ocurre? ¿Quién llama?

—Soy yo, Juan. Tu hijo ha sido tomado prisionero; fue

llevado ante Anás y Caifás y ahora lo llevan a Pilato.

Juntos, Juan y María llegan a tiempo para ver a Jesús enviado a Herodes, el tetrarca. Tras ser escarnecido, en forma ruda llevan otra vez al Salvador al palacio de Pilato. Para María, los minutos parecen horas mientras aguarda con angustia, aunque con una leve esperanza en su pecho, que su Hijo salga del atrio interior donde Pilato lo está interrogando. Tras unos momentos y en medio del vocerío de los soldados romanos, los sacerdotes y el pueblo, Jesús es sacado y azotado delante de la multitud. Cada golpe hiere con fuerza el débil corazón de la madre amorosa.

"¡Oh, Dios —implora angustiada—, tú me llamaste 'bendita... entre las mujeres'; tú me dijiste que mi Hijo sería grande, que le darías el trono de David, su padre.² ¿Cómo puede, entonces, ser azotado? ¿Cómo puede el pueblo pedir a gritos la muerte de su Libertador? ¡No entiendo, Señor! La espada se hunde en mi pecho... ¡Salva a mi Hijo!"

Pero mientras la oración brotaba de su torturado corazón, a su mente llegaban las palabras de su propio Hijo: "Y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán".³ Con inmenso dolor María comprende que todo esto es nece-

sario: el justo tiene que morir por los pecadores.

Tras sentenciarlo a muerte llegan al Calvario y lo atan a la cruz. Mientras los soldados traen el martillo y los clavos, María se debate aún entre la angustia y una débil esperanza de que Jesús manifieste su poder y se libere. Pero vuelve a desfallecer al recordar la predicción de Jesús.

Pendiendo de la cruz, los ojos de Jesús contemplan a la multitud y se detienen con amor sobre la figura de su madre, agobiada por el dolor. Abarcando a María y al discípulo amado con una mirada llena de ternura y solicitud, dice: "Mujer, he ahí tu hijo". Y luego, dirigiéndose a Juan: "He ahí tu madre".

¡Qué maravilloso ejemplo de amor! Aun en medio del dolor, se preocupa porque su amada madre viuda no quede desamparada.

Aunque desgarrada por la tristeza, María entendió la profecía dada por el Señor y la aceptó. Esto le permitió mirar a Jesús no sólo como su Hijo, sino también como su Salvador.

Hoy como ayer Jesús es el Redentor de cada ser humano. Hoy extiende sus brazos hacia ti y te dice: "No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, MIO ERES TU".⁴ ¿Responderás a su excelso amor, como lo hizo María? ◇

(1) S. Lucas 2:35. (2) S. Lucas 1:28-32. (3) S. Marcos 10:33-34 p. p. (4) Isaías 43:1.



JESUCRISTO EL SALVADOR

Dr. Milton Peverini

HAY un médico aquí?" Esa fue la angustiada pregunta que en la noche del 5 de junio de 1968 resonó en los pasillos del hotel Ambassador de la ciudad de Los Angeles, California. Acababa de ser baleado trágicamente el senador Robert Kennedy. Todo el pueblo norteamericano mantuvo una ansiosa vigilia a medida que se repetían los dramáticos boletines médicos. A pesar de los febriles esfuerzos de los especialistas, el paciente, muy mal herido, no se pudo recuperar. Al cabo de veinticinco horas su corazón había dejado de latir.

"¿Hay un médico aquí?" Ese también es el clamor de un sinnúmero de almas moribundas que suspiran por vida y salvación. En verdad, el mundo entero está enfermo de mal y de pecado. El odio todo lo contamina. Se repiten hoy las maldades de Sodoma y Gomorra. La inmoralidad se extiende avasalladora. Pareciera no haber límites para la violencia, el vandalismo y el desprecio por la vida. ¿Es que no hay esperanza para los males que sufre el ser humano? ¿No hay solución para el grave cáncer del pecado?

EL UNICO SALVADOR

Sí, hay solución. El gran mensaje de la Biblia es que Jesucristo es el Salvador bendito de la humanidad. Es el único que puede remediar en forma total y definitiva el drama del pecado. Como lo indicó el ángel a José al anunciar el nacimiento del Niño Dios,

El autor es director y orador del programa internacional La Voz de la Esperanza y colabora frecuentemente con EL CENTINELA.

"llamarás su nombre JESUS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados".¹ Esa misma nota de esperanza fue proclamada por el apóstol Pedro, cuando al hablar de Jesús declaró: "En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos".²

Aunque la Palabra de Dios describe con patético realismo el problema del pecado y de la muerte, con mayor gloria y poder presenta el triunfo del perdón, de la salvación y de la vida eterna en Jesucristo. Podríamos decir que "el tema central de la Biblia, el tema alrededor del cual se agrupan todos los demás..., es el plan de la redención, la restauración de la imagen de Dios en el alma humana".³

La eficacia del poder redentor de Jesús se recalca en cada una de las curaciones milagrosas que realizó. Por ejemplo, al leproso que le rogó que lo limpiase de la lepra, símbolo de iniquidad, Jesús le dijo: "Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció".⁴ Este y otros relatos del Evangelio están escritos para que creamos "que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo", tengamos "vida en su nombre".⁵

EL PODEROSO HIJO DE DIOS

¿En qué radica la grandeza de Jesús, el Salvador? ¿Cuál es el secreto de su poder redentor? Fue anunciado por el apóstol Pedro, cuando le dijo a su Maestro: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente".⁶

Así es, Jesucristo es Dios. Aun Napoleón Bonaparte lo reconoció estando cautivo en la isla de Santa Elena. Ante la

pregunta "¿Quién fue Jesucristo?", entre otras cosas declaró: "Sólo Jesús fundó su imperio sobre el amor, y hoy mismo hay millones que morirían por él... Este fenómeno es inexplicable; está fuera del alcance de las facultades creadoras del hombre. El tiempo, el gran aniquilador, es impotente para extinguir esa llama... Tal cosa demuestra muy convincentemente la divini-

nuel, que quiere decir: "Dios con nosotros".⁸

EL COMPASIVO HIJO DEL HOMBRE

Pero Jesucristo es nuestro único y bendito Salvador no sólo porque es el eterno Hijo de Dios, sino porque dejó la gloria y se hizo Hijo del Hombre para entregar su vida por nosotros en la cruz del Calvario. Su abnegación la describe

***¡Oh misterio de amor!
El sempiterno Dios
se hizo Hijo del hombre para
sufrir y morir por nosotros.
Para darnos la salvación
y la vida eterna.***

dad de Jesucristo".

Ciertamente, Jesucristo es el Autor de la vida y el Creador del universo. Hablando de Jesús, San Pablo declaró: "Porque en él fueron creadas todas las cosas".⁷ Y como Creador de todo, él es el único que puede crear dentro de nosotros un nuevo corazón. Porque es Dios, puede darnos divino consuelo, divino perdón, divina esperanza.

¿Nos hemos puesto a pensar en la personalidad inigualable de Jesús, en su amor, en lo que él hizo y sigue haciendo por la raza humana? Las virtudes y el carácter de Jesús, sus milagros, su poder, y las numerosas profecías que se cumplieron referentes a su nacimiento, su ministerio, su muerte y su resurrección, todo confirma que Jesús es Ema-

el apóstol en las siguientes palabras: "El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz".⁹

La encarnación de Cristo, el hecho de que aunque era plenamente Dios se hizo plenamente hombre, es lo que sacude la conciencia y conmueve el corazón. Con toda justicia Jesús fue llamado Hijo del hombre. Vibró al compás de las emociones humanas. Conoció las lágrimas y la ansiedad, y también sintió el temor y la agonía de la muerte.

¡Oh misterio de amor! El

sempiterno Dios se hizo Hijo del hombre para sufrir y morir por nosotros. Por eso, junto con el apóstol podemos decir que "no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro".¹⁰

Apreciado lector, en Jesucristo tenemos un Salvador maravilloso. Es el puente viviente que une a la humanidad con la divinidad y cubre el abismo del pecado con su santidad. El nos ofrece su victoria sobre el pecado y sobre la muerte, para que por su intermedio también nosotros seamos vencedores y alcancemos salvación. El "sufrió la muerte nuestra, a fin de que pudiésemos recibir la vida suya".¹¹

Sí, hemos sido comprados por la sangre del divino Cordero.¹² Le pertenecemos. Y hoy, por su Palabra, el Cristo crucificado y resucitado nos dice: "Mirad mis manos".¹³ Su invitación no sólo procura despertar nuestra fe en su victoria absoluta sobre la muerte y el pecado. También apela a nuestra conciencia, para que con corazón contrito le imploremos perdón por nuestros pecados, y movidos por el amor más profundo lo aceptemos como nuestro Salvador. ¿Lo haremos? ◇

(1) S. Mateo 1:21. (2) Hechos 4:12. (3) E. G. White, *La educación*, p. 121. (4) S. Mateo 8:2-3. (5) S. Juan 20:31. (6) S. Mateo 16:16. (7) Colosenses 1:16. (8) S. Mateo 1:23. (9) Filipenses 2:6-8. (10) Hebreos 4:15-16. (11) E. G. White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 17. (12) 1 S. Pedro 1:18-19. (13) S. Lucas 24:39.

4

DIOS EL HIJO

Por causa del pecado, la raza humana se vio en peligro de muerte. La ley de Dios, transgredida por el hombre, demandaba la vida del pecador. Pero en su amor infinito Dios entregó a su Hijo "para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3:16).

¿Cuál es el papel del Hijo de Dios en la salvación del hombre? ¿Cuáles son las dos naturalezas de Jesucristo y qué importancia tiene esto?

1. ¿Qué significa el nombre "Jesús"?

"Y llamarás su nombre JESUS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (S. Mateo 1:21).

2. ¿Cómo se había anunciado la encarnación de Cristo?

"He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros" (S. Mateo 1:23; ver Isaías 7:14).

3. ¿Qué se predijo en cuanto al tiempo cuando el Hijo de Dios tomaría la naturaleza humana?

"Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley" (Gálatas 4:4-5).

4. ¿De qué modo se predijo que Cristo moriría en lugar de nosotros pecadores?

"Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz

fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados" (Isaías 53:5).

5. ¿Cuáles son algunos de los atributos y prerrogativas de Jesús que muestran que es verdaderamente Dios?

- a. Es omnipotente. "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (S. Mateo 28:18).
- b. Es omnisciente. En Cristo "están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (Colosenses 2:3).
- c. Es omnipresente. "He aquí yo



RUSS HARLAN

estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (S. Mateo 28:20). Limitado por la encarnación, Cristo es omnipresente a través del Espíritu Santo.

d. Es el Creador y Sustentador. "Todo fue creado por medio de él y para él... Todas las cosas en él subsisten" (Colosenses 1:16-17).

e. Tiene vida en sí mismo. "Yo soy la resurrección y la vida" (S. Juan 11:25).

f. Tiene facultad de perdonar pecados. "Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en

la tierra para perdonar pecados..." (S. Mateo 9:6).

6. ¿Qué evidencias tenemos de la humanidad de Jesús?

- a. Su nacimiento humano. "Aquel Verbo fue hecho carne" (S. Juan 1:14).
- b. Su desarrollo humano. "El niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él" (S. Lucas 2:40).
- c. Sus características humanas. Participó "de carne y sangre... Debía ser en todo semejante a sus hermanos" (Hebreos 2:14-17).

7. La naturaleza divina de Jesús era santa, pero ¿qué podemos decir de su naturaleza humana?

Jesús fue "tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (Hebreos 4:15).

8. ¿Por qué Cristo debió tomar la naturaleza humana?

- a. Para ser el sumo sacerdote de la raza humana (Hebreos 4:14-16).
- b. Para dar su vida por los pecados del mundo (1 Corintios 15:3).
- c. Para ser nuestro ejemplo (1 S. Pedro 2:21).

MI DECISION

Me conmueven profundamente la abnegación y la humildad de Jesús, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre, que dejó la gloria para morir por nosotros pecadores. Decido aceptarlo de todo corazón como mi Salvador personal, y espero algún día verlo cara a cara en su reino de gloria.

Lectura adicional: S. Juan 3:14-16; 1 S. Pedro 1:19-20; Romanos 6:23; Isaías 9:7; S. Juan 18, 19 y 20; 1 Timoteo 3:16; S. Juan 1:1-3, 14; Filipenses 2:5-8.

NICODEMO Y JOSE DE ARIMATEA

Lic. Juan Rivera



Aunque eran ricos, lo dieron todo por amor a Cristo a fin de que la historia de la cruz fuera ampliamente conocida.

DENTRO del concilio nacional de los judíos, llamado también sanedrín, se encontraba un hombre poderoso, sumamente religioso y celoso por las instituciones de su país, cuyo fin era defender a su pueblo de todo aquello que se opusiera a la religión nacional. Este hombre rico y sabio puso sus ojos cautelosamente en Jesús, el humilde y divino nazareno. A través del contacto que tuvo con este Maestro sencillo, pero

de un carácter dulce y sereno, aprendió lecciones prácticas y profundas que nunca olvidaría.

Nicodemo, que así se llamaba este doctor de la ley, decidió encontrarse cara a cara con Aquel que es la fuente misma de esa ley que él interpretaba erróneamente. Por temor a sus compatriotas, él, que era un príncipe destacado y rabino de los judíos, vino a medianoche a entrevistarse con el Maestro de Nazaret. Inició su conversación en forma muy cortés pero escéptica, para luego proclamar al Maestro como Príncipe y Salvador

no sólo de los judíos, sino del universo entero. En esa entrevista empezó a comprender el significado del nacimiento espiritual, operado por el Espíritu Santo, que le asegura al ser humano la salvación eterna.

En el concilio de los judíos también se encontraba otro hombre celoso de la verdad y enteramente entregado a su profesión política y religiosa, llamado José de Arimatea. Cierta día este dirigente vio que Jesús entró al templo, donde reprendió y echó a los traficantes que abierta y desvergonzadamente habían hecho del templo un mercado.

José de Arimatea se quedó asombrado ante esa enérgica acción, pero cuando regresó poco después vio un espectáculo que jamás había presenciado en su vida. En vez de escuchar los gritos de las ofertas de ganado y el bullicio de los negociantes, ahora se encontraba muy cerca del cielo, por así decirlo; la atmósfera había cambiado rotundamente. Podía ver a una multitud alabando y agradeciendo a Dios por su amor, pues el Médico de los médicos había puesto sus divinas manos sobre ellos y los había sanado.

Tanto José de Arimatea como Nicodemo no fueron invitados a la reunión del sanedrín que condenó a Jesús a muerte, por temor a que esplotasen los planes criminales de los dirigentes judíos.

Sin embargo, después de la crucifixión del Salvador, ambos no ocultaron su adhesión a él y acudieron osadamente en su auxilio.

En efecto, nos dice la Escritura que luego que Jesús murió “vino José de Arimatea, miembro respetable del sane-

drín, que también él estaba aguardando el reino de Dios, y, armándose de valor, entró adonde Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús”.¹ Fue este hombre piadoso quien cumplió lo dicho por el profeta Isaías: “Se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte”.²

Pero José de Arimatea no estaba obrando solo en esa hora negra de la historia del universo. Nos dice el apóstol San Juan: “También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras”.³

Nicodemo y José de Arimatea dieron completamente sus vidas al Señor. Antes habían disfrutado de riquezas, fama y respeto, pero ahora utilizaban su influencia y sus recursos para glorificar al Rey del universo. Ambos se empobrecieron con tal de hacer progresar la misión que el Hijo del hombre había emprendido. Todo lo perdieron en esta tierra por amor a Cristo, sabiendo que lo recuperarían en el reino que el Señor fue a preparar.

Damos gracias a Dios por estos dos hombres convertidos. El mundo necesita hombres y mujeres que después de haber conocido al Salvador, sean leales a él y le sirvan de todo corazón, dispuestos a abandonar todo orgullo y mundanalidad, poniendo todo lo que son y lo que tienen en manos del Señor. Si así lo hacemos, algún día podremos encontrarnos cara a cara con el Rey del universo, y también con estos dos hombres valientes, Nicodemo y José de Arimatea. ◇

El autor es licenciado en Teología y dirigente de la Iglesia Adventista en el centro de California, Estados Unidos.

(1) S. Marcos 15:43, Versión Reina-Valera, revisión de 1977. (2) Isaías 53:9. (3) S. Juan 19:39.

MARIA MAGDALENA

*Había venido para preparar su cuerpo para una sepultura definitiva. . .
¡y lo encuentra con vida! Sí, ¡Cristo vive!*

Denise Valenzuela

SUPO la noticia en la oscuridad de la madrugada. Habían arrestado a su Maestro.

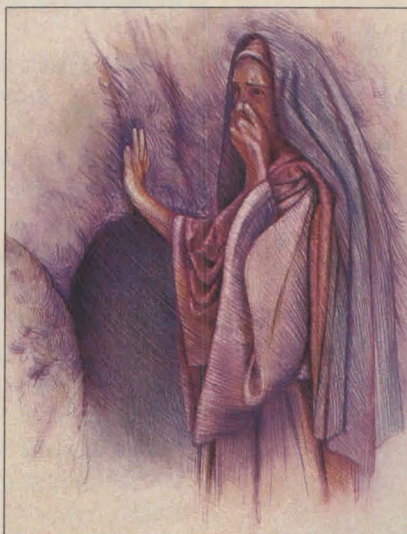
Tranquila, hizo preparativos para ver en qué podría ayudar. Quizá atender a María. Quizá dar de comer a los discípulos. De seguro había mucho que hacer. Pero no se le había ocurrido que el arresto y la crucifixión sucederían tan pronto.

Sin la ansiedad que la había atormentado antes de conocer a Jesús y con la fortitud que siempre había mostrado desde que él la sanó, ella seguía ayudando impulsada por la gratitud. Gratitud al Maestro que la había sanado de su terrible enfermedad y le había perdonado sus pecados. Desde entonces ella lo seguía en su ministerio de amor.

María ayudaba abnegadamente al Maestro y a los apóstoles. Les cocinaba cuando tenían hambre. Les preparaba un lugar donde dormir. Sin pensar en sí misma, lo daba todo para que el Salvador llevara a otros el mensaje de perdón que le había dado a ella. Ahora realizaba con calma sus preparativos para los últimos momentos de la vida terrenal de Jesús, de quien dependía el futuro de este planeta.

Estaba ansiosa al escuchar los ruidos del tumulto durante ese viernes de mañana, pero su fe la sostenía. Sabía que estas cosas tenían que suceder, porque él así lo había anunciado. Sin embargo, sufría intensamente al presenciar, hora tras hora, los sufrimientos del Maestro.

Ahora se encontraba al pie de la cruz, abrazada de María. Allí, cerca del Salvador, sentía que su fe aumentaba su valor. No importaba que algunos de los que decían amarlo se hubiesen unido a la multitud tumultuosa durante la procesión hacia el Gólgota. El amor que ella tenía por el Maestro hacía que en forma humilde pero



resuelta se mantuviera leal al Señor, quien se daba cuenta de su presencia.

Mientras contemplaba a Jesús en la cruz, ella sufría intensamente. Su sensibilidad le permitía comprender la inmensidad de la agonía física y espiritual del Maestro. Podía ver a los soldados burlándose y repartiéndose las posesiones de Jesús mientras el Señor le pedía a su Padre que los perdonase.

Cuando Jesús finalmente murió, terminaron sus sufrimientos; pero en el alma de María quedó un vacío enorme.

Se acercaban las horas del sábado, y María seguía observando de lejos, mientras el Salvador era enterrado. Deseaba ayudar a su amado Maestro aun en su muerte, por lo que salió apresurada a preparar las especias para la preparación de su cuerpo. Sí, el cuerpo del Señor debía ser embalsamado con los mejores óleos y especias.

En la quietud del día de descanso María Magdalena, junto a las otras mujeres, pudo reflexionar en el significado de los eventos que acababan de ocurrir. La tristeza que la agobiaba se mezclaba con la persistente seguridad de que volvería a ver a su Maestro. Pero no entendía cómo

tal cosa podría suceder.

La piedra del sepulcro era demasiado grande. Tan pronto como las primeras luces fueron despejando la oscuridad en la madrugada del domingo, María regresó a la tumba con sus especias. ¡Qué privilegio le esperaba! En esos momentos su principal preocupación era la de mover la gran piedra que cubría la cueva donde yacía el cuerpo de Jesús. Pero pronto su inquietud sería otra.

¡La piedra ya no estaba en su lugar! Al entrar a la tumba tampoco vio el cuerpo de su Señor. Dejando a un lado sus especias y ungüentos corrió a contarles a los demás lo que acababa de descubrir. Desesperada, volvió a la tumba y se encontró con dos ángeles. Completamente agobiada por el dolor, no resistió más las penas de las últimas horas y rompió a llorar desconsoladamente.

Tantas eran sus lágrimas que no reconoció la voz que suavemente le preguntaba: "¿Mujer, por qué lloras?" Nuevamente Cristo salió a su encuentro, como lo había hecho en su pueblo de Magdala. ¡Cuánto amor y compasión! Y por parte de ella, ¡qué gozo inexpresable! Había venido lista para preparar su cuerpo para una sepultura definitiva... ¡y lo encuentra con vida!

Indecisa, con temor reverente, al fin lo reconoce y exclama: "¡Maestro!" ¡Tiene el honor de ser la primera persona en contemplar al Cristo resucitado! Este encuentro con Jesús le daba ahora la oportunidad de testificar por su amado Salvador con celo renovado.

Con los primeros rayos del sol, sale presurosa a contarles a los demás que había visto a su Maestro y que él pronto ascendería para estar con su Padre.

Una mujer fue escogida para mostrarnos un amor que no falla. Una mujer nos da un ejemplo de valor en tiempos difíciles y de una fe que persevera hasta el fin, a pesar de las circunstancias. ◇

La autora es directora de la revista Celebración y reside en Washington, D.C.

EN LAS páginas anteriores hemos leído acerca de algunos personajes relacionados con la crucifixión de nuestro Señor. ¡Qué interesante conjunto! Pedro, el pescador; Judas, el oportunista; Pilato, el gobernante; el compañero de Barrabás; la madre llorosa; Nicodemo y José; María Magdalena.

Pero hubieron otros allí también. Per-

quedaron fijadas en la figura exangüe del Crucificado. La noble barbilla reposaba sin vida sobre el pecho. El rostro quedaba oculto por el cabello apelmazado con sangre.

¿Quién era este hombre? ¿Por qué había hecho todo lo que hizo? ¿Por qué había sido capaz de despertar sentimientos tan intensos de lealtad y también de odio? ¿Por qué amaba aun a sus enemigos? En las páginas anteriores hemos leído el testimo-

permanecer impávido ante la muerte de Jesús. O debe rechazarlo y aprobar su muerte, o debe aceptarlo como el Salvador que murió para salvarlo.

Es posible que usted desee desentenderse de Jesús por ahora. Quiere relegarlo al archivo de lo menos importante. No desea que su influencia moral venga a estorbar sus diversiones. Quiere volver el rostro y mirar hacia otra parte, seguir disfrutando de la vida en la forma que más le agrada. Pero, ¿sabe algo? Ni usted ni yo podemos cambiar lo que sucedió

EL OTRO PERSONAJE

Miguel A. Valdivia

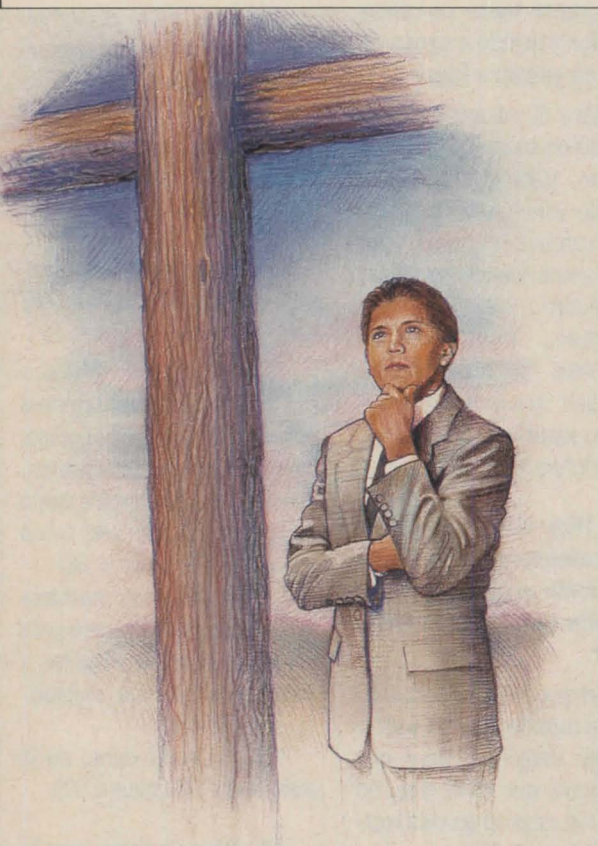
nio de algunos de los presentes, pero falta el nuestro.

Usted y yo tenemos que admitir que la muerte de Cristo no fue un evento común. En el monte Calvario se decidió el destino eterno de todo el universo. En la escena de aquel viernes

en el Calvario.

Allí Jesús murió por nosotros, y la salvación que proveyó está a nuestra disposición, querrámoslo o no. "Venid a mí —sigue diciendo el Señor— todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar... y hallaréis descanso para vuestras almas".¹ "El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido",² y esta verdad no puede ser opacada ni por nuestro propio rechazo.

¿Qué haremos? Le sugiero que mire hacia la cruz. Fijamente y con sinceridad. Allí se encuentra el Salvador, suyo y mío. Sus brazos se abren para recibirlo. Su figura majestuosa desciende hasta lo más profundo de las miserias humanas y se remonta hasta las alturas más sublimes de los cielos, brindándonos el único camino hacia la gloria y la felicidad. Abramos también nuestros brazos y nuestro corazón para recibirlo. ◇



sonas que poco tiempo antes habían recibido de manos de Jesús la sanidad; de sus labios, palabras de sabiduría; que habían visto el amor reflejado en sus límpidas pupilas. Sin embargo, ahora lo vejaban y rechazaban, arrastrados por el fanatismo de una multitud homicida. "Si en realidad fuera el Mesías, no permitiría que le hicieran todo esto", pensaba.

Pero las horas pasaban y el ambiente fue cobrando la solemnidad que sólo puede infundir un acto sobrenatural. Las burlas cesaron. El cielo se oscureció. La tierra tembló. Las miradas de muchos

de tarde se detuvo de golpe la historia para luego retomar un curso diferente. Y allí, ante la cruz, debe comparecer cada miembro de la raza humana. En cierto sentido usted y yo también estuvimos allí, porque allí se decidió nuestra suerte.

Aunque no podamos oír los sordidos golpes del martillo; aunque no sintamos la electricidad en el ambiente de aquella tarde de la primavera del 31 d. C.; aunque no nos conmueva el acre olor de la sangre humana que comienza a secarse, no podemos escapar al poder de aquel día. Usted es el otro personaje. El que falta. No puede

(1) S. Mateo 11:28-29. (2) S. Lucas 19:10.

LO QUE LA BIBLIA DICE ACERCA DE LA SALVACION

ROBERT GRACE

1. Dios nos ama, no importa cómo sea nuestra vida.

"Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Romanos 5:8).

"En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (1 S. Juan 4:9-10).

2. No importa cuán correcta sea nuestra vida, somos pecadores que sólo merecemos la muerte.

"Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos 3:23).

"Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" (Isaías 53:6).

"La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (Romanos 6:23).

3. No podemos salvarnos a nosotros mismos.

"¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habitados a hacer mal?" (Jeremías 13:23).

"Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él" (Romanos 3:20).

4. Sólo en Jesucristo podemos encontrar salvación.

"Dios nos ha dado vida eter-

na; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (1 S. Juan 5:11-12).

"En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

5. Jesús tomó nuestros pecados y murió a causa de ellos en nuestro lugar.

"Llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados" (1 S. Pedro 2:24).

"Cristo... murió por todos". Dios "lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Corintios 5:14, 21).

6. Dios nos da la salvación como un regalo gratuito cuando aceptamos a Jesucristo como nuestro Salvador.

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3:16).

"Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras" (Efesios 2:8-9).

7. Dios nos pide simplemente que creamos que Jesús murió por nosotros y que lo aceptemos como nuestro Salvador.

"Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo" (Hechos 16:31).

"El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida" (S. Juan 3:36).

8. Dios quiere que aceptemos su salvación hoy.

"Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano" (Isaías 55:6).

"He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación" (2 Corintios 6:2).

"Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones" (Hebreos 3:15).

9. Dios promete aceptarnos, no importa cómo sea nuestra vida.

"Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Isaías 1:18).

"Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 S. Juan 1:9).

"Al que a mí viene, no le echo fuera" (S. Juan 6:37).

10. Dios quiere que le obedezcamos no para ser salvos sino porque nos ha salvado, y porque nosotros le amamos.

"Si me amáis, guardad mis mandamientos" (S. Juan 14:15).

"En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos... El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 S. Juan 2:3, 6).

COMO ENCONTRE A CRISTO

Charles H. Spurgeon

LEGUE a pensar que el sol se había borrado de mi cielo; que había pecado en tal forma contra Dios, que no había más esperanza para mí.

Oraba —Dios sabe cuánto oraba—, pero hasta donde sepa, nunca tuve el menor indicio de una contestación.

Escudriñaba con ahínco las Sagradas Escrituras y las promesas me parecían más alarmantes que las amenazas. Leía acerca de los privilegios del pueblo de Dios, pero con la completa convicción de que no se aplicaban a mí. El secreto de mi aflicción era éste: no conocía el Evangelio. Vivía en un país cristiano, tenía padres cristianos, mas no alcanzaba a comprender completamente la libertad y la sencillez del Evangelio.

Yo asistía a todos los lugares de adoración en el pueblo donde vivía, pero honestamente creo que no escuchaba el mensaje completo. Sin embargo, no culpo a los predicadores. Un hombre predicó acerca de la divina soberanía. Podía escucharlo placenteramente; pero ¿qué era eso para un pobre pecador que sólo deseaba saber cómo ser salvo?

Había otro admirable caballero quien siempre predicaba acerca de la ley; mas ¿qué sentido tenía remover el terreno que anhelaba ardentemente ser sembrado? Otro

era un gran maestro práctico. Lo escuché, pero me hacía pensar en un oficial del ejército enseñando las maniobras de la guerra a hombres sin pies. ¿Qué podía hacer? Todas sus exhortaciones eran vanas para mí. Sabía que había sido dicho: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”,¹ pero no sabía lo que significaba creer en Cristo.

A veces pienso que todavía estaría en tinieblas y perdido, si no hubiera sido por la misericordia de Dios al enviar una tormenta de nieve cierta mañana cuando me dirigía a un lugar de adoración. Cuando no pude avanzar más, di vuelta en una callejuela y llegué a una pequeña capilla. Había allí unas doce a quince personas. El ministro no se presentó esa mañana; atrapado por la nieve, me imagino. Un hombre pobre, un zapatero, un sastre, o algo así, pasó al púlpito y predicó.

El hombre se vio obligado a girar en torno a un versículo, por la sencilla razón de que no tenía nada más que decir. El texto era: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra”.² Ni siquiera podía pronunciar las palabras correctamente, pero eso no importaba.

Pensé que había un rayo de esperanza para mí en ese versículo. Comenzó diciendo: “Mis queridos amigos, en realidad éste es un texto sencillo. Dice: ‘Mirad’. Eso no es nada difícil de entender. No significa que hay que levantar un pie o un dedo. Sólo dice ‘mirad’.

Ahora bien, un hombre no necesita ir a un colegio para aprender a mirar. Un hombre no necesita ganar un millón al año para poder mirar. Cualquiera puede mirar. El texto dice: ‘Mirad a mí’ ”.

“Sí—dijo él—, muchos de ustedes se están mirando a sí mismos. No tiene sentido mirar allí. Nunca encontrarán consuelo en ustedes mismos. Algunos miran a Dios el Padre. No. Miren a Jesucristo vez tras vez. El dice: ‘Mirad a mí’. Algunos de ustedes dicen: ‘Debo esperar la obra del Espíritu’. Ustedes no tienen nada que ver con eso en este momento. ¡Miren a Cristo! El sigue diciendo: ‘Mirad a mí’ ”.

Entonces prosiguió leyendo el versículo en esta forma: “Mirad a mí; estoy sudando gruesas gotas de sangre. Mirad a mí; estoy colgando de la cruz. ¡Mirad! Estoy muerto y enterrado. Mirad a mí; yo ascendí y estoy sentado a la diestra de mi Padre. ¡Oh, mirad a mí! ¡Mirad a mí!”

Después de hablar durante unos diez minutos, miró hacia mí que estaba sentado bajo el balcón; me atrevo a decir que, con tan pocos presentes, él sabía que yo era un extraño. Dijo entonces: “Joven, tú pareces sentirte muy miserable”. A decir verdad, así era; mas no estaba acostumbrado a que señalaran mis defectos de apariencia personal desde el púlpito. Sin embargo, fue un buen golpe. Continuó diciendo: “Y seguirás sintiéndote un miserable —miserable en la vida y miserable en la muerte— si

no obedeces el versículo. Pero si lo obedeces ahora, en este mismo momento serás salvo”.

Entonces gritó: “Joven, ¡mira a Jesucristo!” Y yo “miré”.

Fue allí y en ese momento que mi nube desapareció; se desvaneció la oscuridad y volví a ver el sol. Podría haberme levantado en ese instante para cantar con todo entusiasmo acerca de la preciosa sangre de Cristo vertida en el Calvario, y de la fe sencilla de quien sólo mira hacia él. ¡Oh, si alguien me hubiera dicho esto antes: “*Confía en Cristo y serás salvo*”! Sin duda, es una exhortación sabia la que aparece en los versos siguientes, y yo siempre la repetiré:

“¡Oh mirad, pues hallaréis vida eterna allá en la cruz! Salvación recibiréis en el Redentor, Jesús”. ◇

(1) Hechos 16:31. (2) Isaías 45:22.

CURSO BIBLICO GRATUITO

Reciba por
correspondencia,
sin cargo alguno,
18 hermosas
lecciones de las
Sagradas Escrituras.
Envíe su pedido a:

LA VOZ
DE LA ESPERANZA
P. O. Box 55
Los Angeles, CA 90053

Charles H. Spurgeon logró una popularidad sin paralelo como predicador del Evangelio por 35 años aproximadamente.



LAS BELLAS HISTORIAS DE LA BIBLIA

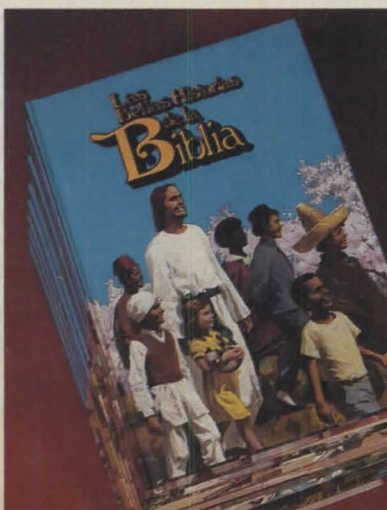
El regalo de amor que dura toda la vida

Ayude a sus hijos a descubrir la bondad, la honestidad, la generosidad y el amor. Obséquieles *Las bellas historias de la Biblia*, el regalo que hace una impresión duradera.

Este juego de 10 tomos de relatos hermosamente ilustrados hace que la Biblia cobre vida. En sus páginas, el magistral narrador Arturo Maxwell cuenta otra vez más de 400 relatos que abarcan toda la historia bíblica.

Las bellas historias les enseñarán a sus hijos los valores positivos que quedarán con ellos durante el resto de sus vidas.

¡Escribanos hoy mismo para obtener más información!



Pacific Press Publishing Association
P. O. Box 7000, Boise, Idaho 83707,
U.S.A.

☐ Si, envíenme información referente
al juego de LAS BELLAS
HISTORIAS DE LA BIBLIA.

Nombre _____

Calle y No. _____

Ciudad _____

Estado _____

Código Postal (Zip Code) _____

Teléfono _____